

Luis de Sirval
Blasco Ibáñez llegará en tren
(*La Correspondencia de Valencia*, 12-5-1921)

Es singular. No podemos hablar con Blasco Ibáñez sin imaginarnos ante nosotros el mar con sus rutas infinitas y como contemplado a través de la escotilla del trasatlántico. Ayudan no poco a la imagen estos corredores del Palace, bajos de techo, nítidos y muy claros, con la ancha franja roja de la felpa. También los cuartos, pulcros camarotes.

Pero no es todo. Acabamos de saludar en otra habitación idéntica a Gómez Carrillo y a Raquel, y con ver paralelamente dos infatigables trotamundos, no se nos ocurrió la idea. Es el rostro todo de Blasco, sanguíneo, que sugiere en seguida al lobo de mar. Son los ojos, fruncidos siempre como bajo una catarata de sol. El gesto, en fin, de escrutador de horizontes.

Blasco ha caído en Madrid como una tromba. Llegó con su Cadillac majestuoso, magnífico, opulento, uno de esos automóviles enormes tan americanos, que solo los creíamos posibles en los films de William Duncan. A la mañana siguiente veinte *reporters* recogían de los labios del novelista el folletín de su epopeya. Por la noche doscientos mil lectores lo devoraban. Los montones de cartas admiradoras que le llevan a Niza el anuncio del éxito. El viaje triunfal. Las conferencias. La popularidad. La frase del clown en el circo: «¿Has leído *Los cuatro jinetes?*» Y el tonto que responde: «No; solo he leído tres». Y luego la borrachera de los dólares; cabalgatas de dólares; sueños alucinantes de dólares. Blasco ha traído de Norteamérica la obsesión de la cifra. Todo se encierra allá en unos números. Y Madrid, encantado. Madrid llena ahora sus charlas con las cifras fabulosas que trae en sus labios de fauno gozador de la vida nuestro mariscal.

Y es que, como en París, ya aquí existe la voracidad cotidiana de un nombre. Todas las mañanas la ciudad necesita, con el desayuno, el *affaire* ruidoso que le entretenga hasta el día siguiente. Blasco es por hoy ese *affaire*. ¿Blasco? Tal vez no. Tal vez «su» novela.

—Maestro —le hemos dicho ahora— si antes de regresar no se encuentra usted con esa aventura, hubiera tenido que inventarla.

Seis fotógrafos, uno detrás de otro, enfocan sus máquinas a nuestro hombre. Blasco soporta las seis pupilas circulares displicentemente, calado el monóculo, cruzadas las piernas y haciendo girar, sobre el cristal del *buffet*, una moneda de cobre. En seguida se levanta. Desfilan, los fotógrafos. Nos obliga a sentarnos, y, sin hacerlo él, comienza a hablar.

¿Es este Blasco el mismo que conocimos de rapaces? Durante los cinco minutos primeros, no. Blasco trae un marcado acento sudamericano. Su parla se ha vuelto pastosa, blanda, siseante. El monóculo exótico, el bigote inglés, la ausencia de aquella barba negra y cerrada... Pero son cinco minutos. Inmediatamente vemos surgir al Blasco de antaño en el gesto meridional de sus brazos, en el chorro desbordante de su charla que fluye sin admitir interrupciones. Una vez abierta la espita, es preciso dejarle seguir. Lo cuenta todo, abrumándonos. Habla de Europa y de América, de Francia y de Méjico, de Niza y de San Francisco de California. Es un torrente de palabras. Cuando calla han pasado dos horas. Nos sería completamente imposible apuntar ni siquiera los temas. Nos las hemos pasado abriendo la boca, cerrando los ojos; haciendo gestos inútiles para hacerle parar y organizar el diálogo. Imposible. A las dos horas nos lo ha dicho todo y no nos ha dicho nada. Por un momento hemos tenido la percepción clara de que, de marcharnos inopinadamente, él hubiera seguido su monólogo de la misma forma. Es el Blasco de ayer, el de siempre.

Desde la puerta le espetamos al fin:

—Permítame una sola pregunta: ¿Cómo va a ir usted a Valencia?

Se detiene perplejo. Aclaramos.

—Quiero decir por qué medio de locomoción.

—¡Ah! Por tren.

Y como sigue el asombro en sus ojos nos decidimos a contarle detalladamente, como un desquite:

—Verá. Es que por aquí... En las peñas literarias se aseguraba que iba usted a ir en su auto hasta Sagunto. En Sagunto

habría una nave griega, preparada con guirnaldas de rosas y laureles, en la que embarcaría usted luego de vestirse una amplia clámide de púrpura...

Pero nos interrumpe también. Cosas de Madrid. Ríe, e inmediatamente anuda el hilo de su diaria y sigue y sigue, volviendo al monólogo interminable y pintoresco. Nosotros de pie en la puerta, le damos cien mil vueltas al sombrero. Extendemos los brazos cada vez que se aproxima. No hay forma. El sudor nos inunda el rostro. Blasco sigue incansablemente sus paseos, volviendo a América y a Europa y a México y a Nueva York...

A la media hora nos encontramos en el pasillo del hotel, verdaderamente absortos, sin haber logrado intercalar una segunda pregunta en el torrente.